

Lliçó de graduació
"Pequeña apología del estudio del pasado",
a càrrec de Victoria Cirlot,
catedràtica del Departament d'Humanitats de la UPF

Acte Acadèmic de Graduació (17 de desembre del 2011)

Rector Magnífic, benvolguts presidenta del Consell Social, vicerectors, degans, professors i, sobretot, en un dia com aquest, benvolguts graduats i graduades i familiars i amics que ens acompanyeu.

Esta breve conferencia está dedicada al estudio del pasado histórico y quiere ser su apología. Os hablaré como profesora de la Facultad de Humanidades de esta Universidad Pompeu Fabra, que es la de todos nosotros, y espero hacerlo en su estilo: abierto, claro, muy actual. Para mí es todo un reto y también un honor que se me haya pedido pronunciar esta lección en el día de vuestra graduación. Os decía que os voy a hablar como profesora de una facultad de humanidades, esto es, de una facultad dedicada al estudio de todo aquello que tiene que ver con la vida del espíritu, y también como alguien cuya formación inicial, esa que nunca desaparece y que constituye siempre el fundamento para cualquier otra de las posteriores aventuras intelectuales, fue la de medievalista; por tanto, como alguien necesariamente habituada a convivir con el pasado, con sus textos, de archivo o literarios, con sus obras de arte, con cualquiera de sus restos, desde los más insignificantes hasta los más sublimes. Pero no me dirijo sólo a los que os graduáis hoy en Humanidades, sino también a los licenciados en Ciencias Políticas y de la Administración, a los licenciados en Ciencias del Trabajo y a los licenciados en Ciencias Empresariales. A todos vosotros y a los demás asistentes, argumentaré la imperiosa necesidad de estudiar el pasado a partir de tres presupuestos: en primer lugar, el de que toda auténtica formación exige el esfuerzo de tratar con el pasado; en segundo lugar, la certeza de que el pasado histórico abre nuestra mirada; en tercer lugar, la convicción de que no es posible comprender el presente sin el pasado. En estos tres presupuestos encuentro la legitimidad de esta pequeña apología. No es mi intención aquí decir nada nuevo, sino tan sólo recordar lo que a menudo se olvida incluso en un ámbito como el nuestro, la Universidad, donde podría parecer que la memoria está a salvo detrás de sus murallas. Sin embargo, todo es muy frágil en los tiempos en los que vivimos y me atrevería a decir que nada está a salvo, y menos aún en las aulas universitarias.

Comencemos por el primer presupuesto: toda auténtica formación exige el esfuerzo de tratar con el pasado. Cuando hablo de formación pienso en la palabra alemana *Bildung*, que tiene que ver con *Bild*, "imagen", y así recuperamos también el sentido originario del término *formación*, que tiene que ver con la "forma". La formación, pues, consiste en la adquisición de una forma, de una imagen, que es aquello de lo que en principio se carece. La obtención de la forma o de la imagen es el resultado de la formación. Cuando hablamos de forma o de imagen nos referimos a cómo algo anteriormente caótico ha adquirido un orden. Un poema, una pieza musical, una obra plástica, el universo entero, poseen una estructura y su comprensión deriva de que alcancemos a ver esa estructura, de que obtengamos su forma o su imagen. Si hablamos en términos temporales, la forma o la imagen que deseamos conquistar no hay duda de que tiene que ver con el pasado. El reto es muy grande, porque, ¿cómo hacerse con una imagen de lo que ya no existe? Me parece importante destacar la imposibilidad de la empresa. Ciertamente el tratar con el pasado es algo imposible. Pero justo ahí es donde reside su gran interés y por eso se comprende que nazcan disciplinas enteras que han tratado de hacer posible lo imposible: la historia, la filología; y cuando digo historia, me refiero también a la historia del arte, a la historia de la filosofía. Diría además que es la imposibilidad de tratar con el pasado lo que constituye la auténtica formación, porque ella es la que estimula nuestra imaginación. Y con ello llegamos al significado original de la palabra *Bildung*, que, en efecto, traducimos bien por "formación", pero claramente se refiere a lo que trabaja con las imágenes, esto es, con la imaginación. No nos confundamos: la objetividad necesaria para todo conocimiento "científico" no excluye en modo alguno la imaginación que no tiene nada que ver con una fantasía arbitraria y caprichosa; al contrario, la imaginación es su condición indispensable. Recuerdo ahora el testimonio de un científico que decía que las grandes ideas le venían mirando las nubes; sí, las nubes, como aquel muro al que se refería Leonardo cuando aconsejaba a sus discípulos que miraran sus grietas con detención durante largo rato y verían aparecer auténticas escenas de batallas que serían el modelo de sus obras. Así, el gran medievalista Georges Duby comenzaba su *Europe au Moyen Age* con una primera frase que decía: "Imaginons, donc". Imaginemos, pues, el pasado. Superemos el abismo que nos separa de él. No nos espera la caída, sino sólo una tierra desconocida. Toda formación supone adentrarse en una selva oscura, y que la mirada habituada a la oscuridad comience a distinguir perfiles y siluetas.

Con esta mirada que se hace en la oscuridad, doy entrada al segundo presupuesto, que he descrito como una apertura de la visión. El pasado es el gran entrenador para aguzar la visión, un sentido que, como todos los demás, tiene que ser ejercitado en el proceso de formación. Me refiero a que el pasado

es como ese espectáculo que se despliega ante la mirada del que ha ascendido a la cumbre de la montaña –pienso, por ejemplo, en el célebre cuadro de Caspar David Friedrich donde el espectador se identifica con la figura que está de espaldas dentro del cuadro, la Rückenfigur, y contempla el panorama de nubes que se extiende a sus pies—. De pronto, la mirada alcanza la inmensidad. En los romans medievales, concretamente en aquellos que trataron el mito del Grial se reflexionó acerca de la visión y se pensó que la visión era algo que se podía ir abriendo gradualmente hasta alcanzar a ver lo invisible, que es lo que le ocurre al caballero Galaad en su última visión en la ciudad de Sarraz, que es una especie de Jerusalén celestial. Estos autores acuñaron la expresión de “ver abiertamente”, que también aparece en los textos místicos de la Edad Media y que como les decía supone la idea de que la evolución espiritual del ser humano implica una visión cada vez más abierta, una visión que cada vez más abarca eso que denominamos la realidad que en la Edad Media era Dios. No proseguiré por este camino. Sólo he traído a colación los romans del Grial y a los místicos como ejemplo de que la capacidad de visión puede incrementarse, puede ensancharse, puede, en definitiva, abrirse. Vosotros me podríais decir, y con razón, que por qué es mejor una visión abierta que una visión cerrada, y con ello no harían sino seguir la tendencia a destruir certezas, tal como hiciera el filósofo Odo Marquard en su *Apología al politeísmo*, cuando sostenía: el monoteísmo no tiene por qué ser mejor que el politeísmo, o por ejemplo, el conocimiento profundo no tiene por qué ser mejor que el superficial, y así sucesivamente. Pero creo que en este caso, todos estaremos de acuerdo que es mejor una visión abierta que una cerrada, fundamentalmente porque la cerrada no aporta nada nuevo sino sólo la negación de la abierta. Volviendo a lo que aquí nos ocupa: el esfuerzo por distinguir en las oscuridades, por repintar lo que está desdibujado, algo que se ejercita con la repetición, pues, en efecto, no hay otro método más que repetir y repetir, leer y releer, mirar y volver a mirar lo que había pasado desapercibido, tener que coger la lupa para agrandar la minúscula letra que se encuentra en el reverso de una moneda romana, todo ello tiene que ver con la capacidad de formación que tiene el pasado. Porque el pasado no nos presenta nada de forma evidente, sino siempre de modo muy oculto, y hay que buscar mucho para alcanzar a ver alguna cosa. Y una vez visto, ¿qué ocurre?

Llegamos ya a nuestro tercer presupuesto: no se puede comprender el presente sin el pasado. Existe en nuestro mundo la obsesión por la actualidad. Como vivimos ‘inundados’ por los medios de comunicación, también vivimos dominados por sus normas y criterios. Y lo que interesa a los medios es lo que está pasando ahora mismo. Lo que resulta grave es que ese criterio de interés se vuelve hegemónico en los lugares en los que, como en la Universidad, a lo que se aspira es a la formación. Porque no hay nada más contrario a la

formación, y eso es lo que estoy tratando de argumentar, que la visión que sólo se nutre del presente, pues esa sería necesariamente una visión muy estrecha. Por eso no debemos aceptar que lo que interese a nuestros alumnos sea el presente, lo que están viviendo, el arte actual, la literatura actual, etc. Naturalmente la actualidad les debe interesar, pero no únicamente. Por una sencilla razón, y es la siguiente: si no se hace dialogar el presente con el pasado, el presente no se entiende. El presente tiene que ser proyectado sobre un fondo, para que adquiera una dimensión significativa, y ese fondo es el pasado histórico. El presente tiene que ser confrontado con el pasado, porque éste es su contrapunto. Las épocas históricas se reflejan mutuamente, se reconocen advirtiendo sus puntos en común, para fijar sus identidades, pero sobre todo sus diferencias. Pondré un solo ejemplo extraído de la creación artística de nuestra cultura catalana. En sus Cuadernos de notas, el artista Joan Miró apuntó en 1940: "pensar en la intensidad y severidad del arte románico". ¿Sería Miró el mismo si no hubiera paseado por las salas del Museo de Arte Románico de Barcelona? Sin duda, habría sido igualmente un gran artista, pero sus estrellas no serían las mismas. Las estrellas mironianas son el testimonio del punto de encuentro del creador del siglo xx con un maestro cuyo nombre no nos ha llegado de aquel lejano siglo xii. El arte románico se empezó a valorar en Europa a raíz de las vanguardias artísticas que negaron la *imitatio naturae*, es decir, la mimesis de la ilusión de las apariencias, para ir en busca de las leyes que rigen la *natura naturans*, la naturaleza en su obrar, adoptando así un estilo geométrico, y antimimético con respecto al mundo dado. Un proceso semejante tuvo lugar entre las vanguardias y el arte primitivo. No se trataba aquí de un diálogo entre épocas históricas diferentes, sino de un diálogo entre espacios culturales diferentes. Esta última consideración nos permitirá ya concluir nuestra pequeña apología del estudio del pasado, al proyectar luz sobre lo que es el elemento decisivo que une pasado histórico y formación.

Espacios lejanos o tiempos lejanos: de lo que efectivamente se trata es de situarnos ante lo que nos resulta desconocido, lo que nos es ajeno, ante lo que podemos llamar "lo otro" en definitiva. El pasado histórico nos ofrece la oportunidad de confrontarnos con la alteridad. Se abre entonces el auténtico proceso de formación que pasa, en primer lugar, por reconocer la alteridad, y en segundo lugar, por hacerla nuestra. En esa transición es donde acontece la formación, porque nuestro crecimiento pasa por integrar lo diferente. Y vosotros podríais preguntar ahora, ¿y para qué sirve esa formación? Y yo no podría más que recordaros, como hace Italo Calvino al responder a la pregunta de para qué sirve leer a los clásicos, la leyenda de Sócrates que antes de morir quiso aprender a tocar la flauta y cuando le preguntaron que por qué lo hacía, contestó que para nada. Pero, cuidado, no se refería Sócrates a una nada cualquiera. Yo tampoco. Me refiero a una nada que, como decía un filósofo del

siglo IX, Fredegiso de Tours, gran cosa debe de ser la nada cuando de ella ha salido todo el universo. Es el fundamento necesario para que algo pueda salir. Os deseo a todos vosotros que en el día de hoy recibís vuestra graduación que lo que habéis aprendido en la Universidad Pompeu Fabra sea como esa nada de la que deberá salir toda vuestra vida profesional.